

MARY JO PUTNEY



Una esposa singular

TITANIA

MARY JO
PUTNEY

Una esposa singular

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

Título original: *Not Quite a Wife*

Editor original: Zebra Books / Kensington Publishing Corp, New York

Traducción: Mireia Terés Loriente

1.^a edición Febrero 2015

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Copyright © 2014 by Mary Jo Putney

All Rights Reserved

© de la traducción 2015 by Mireia Terés Loriente

© 2014 by Ediciones Urano, S.A.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

Depósito Legal: B 2534-2015

ISBN EPUB: 978-84-9944-832-9

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Para PandaMax,
el líder de la manada.
Y para todos los rescatadores altruistas
que ayudan a que los animales en peligro
tengan una vida mejor.*

Agradecimientos

A mi amiga, escritora y enfermera de urgencias Laurie Kingery,
¡por seguir compartiendo conmigo una información médica
que no tiene precio!

Y, por supuesto, al Cauldron and the Wenchies,
y a mi excelente agente, Robin Rue.

Contenido

- Portadilla
- Créditos
- Dedicatoria
- Agradecimientos
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Notas de la autora

1

James, lord Kirkland, era propietario de una flota naval y de la mitad de una casa de juegos muy en boga y, además, era un espía terriblemente eficaz en la guerra encubierta entre Gran Bretaña y la Francia de Napoleón. No solía permitirse excesos...

Hasta que los negocios lo llevaban a la ciudad portuaria de Bristol, como hoy. Se reunió con el capitán de su embarcación, descifró la carta que este le había entregado y la entregó a un correo para que la llevara a Londres sin dilación. Después, dijo a su ayudante que se marchara, que prefería volver caminando a la hostería.

La soleada y cálida tarde de primavera hacía que aquella opción fuera plausible, aunque ni la lluvia, ni el hielo, ni la nieve lo habrían detenido. Durante aquellos breves instantes, no pensaría en sus negocios, ni en su trabajo encubierto, ni en los posibles desenlaces indeseados de varios planes, ni en las amenazas potencialmente letales para sus agentes. En lugar de eso, recordaría y lloraría por lo que había perdido.

Se había pasado el día haciendo negocios a bordo y las temperaturas se habían ido caldeando. Si hubiera estado solo, se habría quitado la chaqueta y el sombrero, y habría trabajado en mangas de camisa. Bueno, dentro de nada estaría en la hostería.

Ahora se atormentó un poco pensando que ella vivía a unas pocas calles de allí. Saboreó la agrisulce sensación de que podría llamar a su puerta en dos o tres minutos.

Incluso puede que abriera ella, porque nunca le habían gustado las formalidades, y volverían a estar cara a cara. ¿Se habría oscurecido su brillante pelo de color cobre? Y sus ojos empañados, ¿serían azules o grises?

Hizo una mueca porque sabía que, cuando lo viera, aquellos ojos grises estarían llenos de rabia y decepción. Y justamente por eso no giraría por la calle que llevaba a su casa. Le había dicho que no quería volver a verlo, y él había jurado que así sería.

A veces, su mente de sofista jugaba con aquella idea. Le había prometido que no volvería a verlo, pero ¿podía mirarla desde algún escondite? Aunque era consciente que mirar jamás sería suficiente...

No siguió por ahí, porque así se volvería loco.

«Maldita sea.»

¡Hoy hacía mucho calor! Se estiró el pañuelo del cuello porque estaba sofocado. Y entonces, mientras se apoyaba en la pared del edificio que tenía al lado, se dio cuenta de que estaba sufriendo un ataque de malaria. Ahora eran muy poco frecuentes, pero a veces, casi siempre en el momento menos oportuno, la fiebre volvía a aparecer.

Tenía que volver a la hostería. Allí tenía corteza de jesuita para bajar la fiebre. No tardaría más de diez minutos. La cabeza le daba vueltas y giró por el callejón que lo llevaría hacia allí.

Se detuvo a medio camino porque no reconocía los edificios que se veían al otro lado. Se había equivocado; debía de haber andado más de lo que creía. Con cierta inestabilidad, dio media vuelta y empezó a desandar el camino.

Mareado, se detuvo para apoyarse en la pared y dio gracias de que el ladrillo de la pared estuviera fresco. La hostería. ¡La hostería! ¿Cómo se llamaba? ¿El Barco? ¿La Ostra? Maldición, ¿cómo se llamaba? Se había hospedado allí muchas veces.

Se empujó contra la pared para enderezarse y volvió a dirigirse hacia la entrada del callejón. Mantuvo una mano pegada a ella para mantener el equilibrio, pero, al poco rato, cayó de rodillas y le costaba respirar. Tenía que ponerse a salvo. Tenía que regresar a la hostería, o a su barco, que todavía estaría en el puerto.

De repente, el callejón se oscureció y vio que se acercaban dos hombres.

—Por favor —dijo, con la respiración entrecortada—. Necesito ayuda...

—Anda, mira esto —dijo una voz con el acento típico del sudoeste de Inglaterra—. Un pichón a punto para que lo desplumen. Y borracho como un lord.

—A lo mejor sí que es un lord —se carcajeó su compañero—. ¡Mira esa ropa! Seguro que va cargado de dinero. Esa chaqueta valdrá una fortuna.

Kirkland maldijo por dentro. Normalmente, podría encargarse de dos gamberros como esos sin despeinarse, pero ahora mismo incluso un gato callejero podía derribarlo.

Aún así, sus buenos reflejos reaccionaron cuando una mano rugosa lo agarró del brazo y lo levantó para que el otro hombre pudiera quitarle la chaqueta. Kirkland se liberó y le dio una patada en la rodilla al asaltante, que retrocedió pasmado.

—¡Cabrón! —maldijo el hombre, furioso—. ¡Lo lamentarás!

Lo atacaron los dos a la vez, soltando las peores palabrotas imaginables. Kirkland consiguió conectar varios golpes, pero enseguida lo redujeron y lo tiraron al suelo. Una bota se dirigía con rabia hacia su cara. Intentó rodar por el suelo para evitarla, pero la pared se lo impidió. La bota le rozó la cabeza y, por suerte, todo se quedó a oscuras.

El horario de la enfermería había terminado y Laurel Herbert estaba disfrutando de la tranquilidad. Esa tarde no había venido mucha gente. Era una suerte, porque Daniel no estaba y ella no era médico, a pesar de que había aprendido mucho después de trabajar tantos años en la enfermería.

Betsy Rivers, su ayudante, había ido a visitar a su abuela enferma, así que tenía la casa para ella sola. ¡Y lo cierto es que se respiraba una deliciosa paz!

Se preparó una taza de té y, mientras dejaba que se reposara, se soltó el moño. Cuando el té estuvo preparado, se lo llevó arriba, a la sala de música, donde la esperaba su piano, un maravilloso Broadwood.

Y también la esperaba su gato, *Sombra*. El animal estaba durmiendo en una silla, levantó la cabeza, parpadeó con aquellos ojos dorados, y volvió a esconder el hocico debajo de la cola. Era una compañía muy agradable, y a ella le encantaba.

Se sentó en la banqueta y dejó el té a un lado para que se enfriara. ¿Qué tocaría? Estaba aprendiendo una pieza nueva de Mozart, pero como estaba cansada, los dedos decidieron acudir a su sonata favorita de Beethoven. La música era el alimento del alma y, a pesar de que aquella música le traía muchos recuerdos, le encantaba el poder sereno que tenía.

Justo cuando había terminado el movimiento del *adagio*, oyó que estaban llamando a la puerta de la enfermería. Sonrió con tristeza y bebió un gran sorbo de té antes de bajar a abrir. Debería haber sabido que la paz y la tranquilidad no durarían eternamente. La enfermería Herbert nunca rechazaba a nadie y, como vivía en el piso de arriba y esa noche estaba sola, tenía el deber de atender la puerta.

Meramente por un asunto de dignidad, se anudó el pelo. No duraría demasiado, pero, mientras tanto, parecería más madura y responsable.

Abrió la puerta y se encontró con dos estibadores del puerto que acudían a misa al templo de su hermano. Traían a un hombre inconsciente en calzoncillos y con una camisa rota y ensangrentada.

—Lo siento, señorita Herbert —dijo el más alto, Potter—. Hemos encontrado a este hombre apaleado en un callejón y hemos pensado que usted podría atenderlo.

—Por supuesto. Han hecho bien en traerlo.

Retrocedió para que pudieran entrar. El hombre herido tenía la cabeza colgando hacia abajo y el pelo oscuro le tapaba la cara, pero parecía fuerte, y eso siempre ayudaba a la hora de la recuperación.

Mientras lo llevaban hasta la sala de curas más cercana, Larkin dijo:

—El pobre tiene mucha fiebre. No será la viruela, ¿verdad?

—No veo ningún síntoma de viruela —lo tranquilizó Laurel—. La fiebre tiene muchas causas.

La sala de curas tenía una buena luz natural y una mesa amplia y acolchada en el centro. Los armarios empotrados servían para guardar el instrumental, las vendas, las sábanas y demás objetos.

Los estibadores dejaron al hombre en la mesa con una delicadeza sorprendente, y lo colocaron boca abajo. Laurel frunció el ceño mientras analizaba los daños. Estaba lleno de moretones y laceraciones, pero no había ninguna hemorragia grande ni huesos rotos, aparentemente. Además, respiraba de forma normal.

Si no tenía ninguna herida grave en la cabeza... Deslizó la mirada hasta la cara. Tenía unas facciones fuertes, los pómulos angulosos... Contuvo el aliento y, de repente, se vio invadida por una debilidad helada.

—¿Lo conoce, señorita? —preguntó Potter.

Laurel intentó recomponerse y le sorprendió lo calmada que sonó su voz.

—Es... lord Kirkland. Un amigo de la familia. Mi hermano y él fueron juntos al colegio.

Larkin se rascó la cabeza.

—Si es un lord, seguro que habrá alguien buscándolo. ¿Había venido a visitarla?

—No. Tiene una compañía naval, así que debe de estar en Bristol por negocios —dijo, todavía con la misma calma poco natural—. De pequeño, sufría paludismo y, a veces, reaparece. Si es el caso, su buena obra no reviste peligro.

Potter preguntó:

—¿Necesita que la ayudemos, señorita Herbert?

Como suponía que debían de tener ganas de volver a casa y cenar, meneó la cabeza.

—No, examinaré a lord Kirkland para ver si las heridas son graves. Si necesita un médico, avisaré a alguien de Zion House para que vaya a buscarlo. —Sonrió—. Señor Potter. Señor Larkin. Hoy han sido unos buenos samaritanos.

Agradecidos por aquellas palabras, los hombres inclinaron la cabeza y se marcharon. Laurel echó el cerrojo y se apoyó en la puerta, temblorosa. ¿Podría haberse equivocado? Llevaba años viendo destellos de James Kirkland en otros hombres.

No, lo reconocería incluso de noche en una mina de carbón. Irguió la espalda y volvió a la sala de curas para atenderlo. Ahí tendido, parecía extrañamente vulnerable. Joven. Lejos del chico enigmático y formidable que ella recordaba.

James, lord Kirkland. Rico a más no poder, que una vez fue el mejor amigo de su hermano y el hombre más peligroso que había conocido.

James, el marido al que había abandonado hacía diez largos años.

2

Kirkland luchó contra la agonizante oscuridad, consciente de que era un ataque febril. Siempre que tenía fiebre y soñaba con Laurel, todo era mucho más real. Lo invadieron recuerdos de su mujer con una intensidad hipnótica.

No olvidaría la noche en que se conocieron aunque viviera cien años. El hermano mayor de Laurel, Daniel Herbert, había estudiado en la Academia Westerfield un curso por debajo de él. Daniel no había ido a parar allí por mal comportamiento, porque era un modelo de educación y disciplina.

No obstante, a sus padres les preocupaba que fuera demasiado religioso. Un caballero inglés decente tenía que ser un hombre de fe, pero demasiada fe era... impropio.

Y lo peor era que Daniel se sentía atraído por sectas reformistas como los metodistas, y a sus padres no les parecía que la sociedad necesitara reformarse en ningún aspecto. Habían enviado a su hijo a lady Agnes Westerfield creyendo que la hija de un duque se aseguraría de que sus estudiantes recibieran una buena educación anglicana.

Y, hasta cierto punto, tuvieron razón. Los estudiantes tenían que asistir a servicios religiosos semanales, pero no se los obligaba a seguir ninguna religión en concreto. Lady Agnes Westerfield, que había viajado mucho, creía que la iglesia anglicana no era el único camino hacia el cielo.

Él y Daniel Herbert se hicieron amigos cuando descubrieron su pasión mutua por la ética, la moral y la filosofía hasta unas profundidades que ahuyentaban a los demás estudiantes. Daniel tenía un punto de vista más religioso y espiritual mientras que él se inclinaba más por filósofos como Locke y Voltaire. Las conclusiones de ambos acerca de la justicia y la moral solían ser las mismas, aunque llegaban por caminos distintos.

Aquellas conversaciones tan estimulantes continuaron varios años, porque de la Academia Westerfield pasaron a Oxford. Y cuando él terminó su paso por Balliol College, en Oxford, Daniel lo invitó a la casa de la familia Herbert en Bristol.

Debido a las carreteras enfangadas, llegaron muy tarde a Belmond Manor, cuando ya todos se habían retirado. Daniel lo acompañó hasta una de las habitaciones de invitados y luego se dirigió hacia la suya entre bostezos.

A pesar de que la habitación era muy agradable, a él le costó dormirse. Cuando ya casi estaba cansado de dar vueltas, oyó música. Alguien estaba tocando a Beethoven en el piano justo debajo de su habitación. Le encantaba la música y sabía tocar el piano, pero la persona que lo hacía abajo era extraordinaria.

Entonces le picó la curiosidad, así que se puso las zapatillas y una bata y siguió el sonido de aquella música encantadora. Abajo, abrió la puerta de la sala de música y vio a Laurel Herbert por primera vez.

Estaba sentada al piano y su rostro delicado iluminado por unas cuantas velas. Se parecía mucho a Daniel en la cara y el color del pelo, y era tan preciosa que le dolió el corazón. No tenía uno de esos aspectos llamativos que hacían que todo el mundo se volviera a su paso, pero cuando la vio, no pudo apartar la mirada.

Cuando se abrió la puerta, ella levantó la cabeza. Sus grandes ojos eran de un color gris azulado y la gruesa trenza que le caía sobre un hombro desprendía la lustrosa calidez del bronce.

En cuanto sus ojos se encontraron, una intensa energía se desató entre ellos, como un relámpago silencioso. Cada fibra del cuerpo de Kirkland despertó.

Durante varios segundos, ella permaneció con las manos en las teclas y los ojos muy abiertos. Y entonces, se levantó y rodeó el piano para saludarlo. Aunque él sabía que Laurel todavía no tenía los dieciocho años, desprendía una serenidad extraordinaria a cualquier edad.

—Usted debe de ser lord Kirkland, el amigo de Daniel. —Sonrió y le ofreció la mano. Era alta y elegante como un cervato—. Bienvenido a Belmond Manor, milord.

—Llámeme James.

Cuando la tomó de la mano y la miró a los ojos, se sintió invadido por una gran calidez y paz, sensaciones que alcanzaron puntos de su cuerpo que habían estado dormidos toda su vida. Calidez y transparencia eran la esencia de Laurel Herbert y, mientras le daba la mano, tuvo la absurda certeza de que querría a esa mujer hasta el día que muriera.

Laurel había atendido a pacientes de todas las edades, razas y géneros a lo largo de los años, así que podía atender perfectamente a su marido, del que estaba separada. O eso es lo que se decía a sí misma, a pesar de que le temblaban las manos mientras preparaba una infusión de corteza de jesuita y la dejaba reposar para curarle las heridas.

Si hubiera sido un extraño inconsciente, le habría quitado toda la ropa, pero con James... no podía. Era un hombre terriblemente hermético y ella, menos que nadie, no tenía ningún derecho a invadir esa privacidad. Así que lo examinó extremidad por extremidad, comprobó que todos los huesos estaban intactos y lavó todas las heridas y rasguños antes de continuar.

Una vez conoció tan bien ese cuerpo...

«¡No!»

Cortó esos pensamientos y se concentró en la herida superficial de la cabeza, la principal responsable de las manchas de sangre de la ropa. Estaba más delgado de lo que recordaba; era todo músculos y huesos. Seguro que había estado trabajando muy duro. A pesar de su hermetismo, se lo comían los nervios. Como una vela que arde por los dos extremos...

Volvió a cortar esos pensamientos. Puede que estuviera lleno de moretones, pero, aparte de la fiebre, su estado era bueno. Sin embargo, cuando se despertara tendría un buen dolor de cabeza.

Cuando terminó de limpiar y curar las heridas, la corteza de jesuita ya estaba lista. Sirvió un poco de aquel líquido amargo en una taza y le echó una buena cucharada de miel.

Cuando ella le colocó unas almohadas debajo de la espalda para incorporarlo, él se resistió un poco, pero Laurel pudo darle la bebida con una cuchara. Aunque él hizo una mueca ante aquel sabor, seguro que reconoció que era una medicina necesaria, porque no se apartó. Y en cuanto vio que tragaba bien, le acercó la taza a la boca para que bebiese directamente.

Cuando la taza estuvo vacía, la dejó a un lado. Tenía que encender las lámparas, porque estaba anocheciendo. Al levantarse, él le agarró la mano y le dio un beso que pareció que le escaldaba los dedos. Ella apartó la mano, pero no pudo bloquear la oleada de recuerdos de la noche en que se conocieron.

Daniel hablaba de Kirkland a menudo, de modo que ella dedujo que el amigo de su hermano debía ser un joven interesante y muy inteligente. Sin embargo, nunca se hubiera imaginado aquella fascinante y oscura intensidad cuando abrió la puerta de la sala de música.